

El saber práctico y las humanidades: breve aproximación epistémica¹

Lino Latella-Calderón

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-8202-1352>

Universidad del Zulia – Escuela de Filosofía

Maracaibo – Venezuela

Desde el inicio del pensamiento filosófico occidental, el saber llamado teórico / contemplativo adquiere una preeminencia, desde que los primeros filósofos de la naturaleza se interesaron por la búsqueda racional y explicativa de todo el orden manifiesto a los sentidos, fundado en la impresión de curiosidad derivada al observar toda la diversidad de acontecimientos y fenómenos. Talante escrutador que dio origen un deseo de conocer que mueve al hombre a salir de sí mismo y a intentar apoderarse y controlar el mundo exterior.

Si bien, los diversos fragmentos conservados de esta etapa de la filosofía advierten una serie de alusiones, donde se mezclan expresiones míticas, teosóficas y morales; será principalmente la actitud interrogativa y causal, forma del sentido de la relación hombre – mundo en su dimensión epistémica, la que muestre su comienzo hasta desarrollar el carácter propio del pensamiento científico occidental.

Frente a los primeros cosmólogos griegos debemos colocar la figura de Sócrates, quién de modo parecido a la milenaria tradición espiritual del oriente, se afincará en ese otro universo que es la interioridad humana. Sócrates nos legó el interés por la filosofía de las cosas humanas en su sentido más general; no obstante, a pesar de tener como punto de partida la dialéctica, su método, y de situarse contextualmente como un sujeto ético; la episteme platónica subordinará el interés sobre las cosas humanas, puesto de manifiesto en las conversaciones del Ágora, por las nociones de carácter contemplativo. El Sócrates de Platón más interesado por el alma y sus recuerdos, renuncia al sentido pragmático del lenguaje, en aras del universalismo de la verdad. Así se funda el principio de la episteme occidental, la verdad, tiene carácter científico y es universal, necesaria, intemporal.

Pero si en el ámbito antropológico Sócrates será el padre del auto conocimiento, campo de la subjetividad, Aristóteles será el padre del saber práctico, como aquella racionalidad que se da y se desarrolla en el contexto de la acción. Desde el punto de vista

¹ Una primera versión de este breve ensayo se presentó como ponencia en el marco de la *Jornada de reflexión en torno al día mundial de la filosofía* y el *27º Ciclo de Ponencias del Círculo Wittgensteineano – Maracaibo – Venezuela, Coloquio: filosofía develada*. Seminario Mayor Arquidiocesano “Santo Tomás de Aquino” 19/11/2015

de la clasificación aristotélica de los saberes, quizás este saber práctico aparezca como un tipo de saber limitado; Pierre Aubenque afirma que:

“La acción buena no es la imitación de un modelo, de un paradigma trascendente, como era el bien platónico, sino un acto intrínsecamente bueno preparado por una deliberación del alma consigo misma...La razón práctica es deliberativa, no deductiva...una racionalidad que no avanza más que en el plano del diálogo entre hombres razonables que pueden controlar sus propias razones precisamente por la crítica resultante de la oposición de unos a la posición de otros...El bien no es una estructura trascendente que tiene su sede en el cielo de las ideas. Es una norma que se debe realizar concretamente en la experiencia y en las circunstancias del momento de la decisión y la elección...”²

A diferencia de la actitud teórica, cuya finalidad es la consideración contemplativa de las regularidades naturales y universales, en las que no interviene el hombre; la actitud práctica tiene como fin el obrar bien, o el vivir bien, como una forma del sentido existencial de auto – comprensión.

Entre teoría y praxis o entre *episteme* y *frónesis* existe una diferencia relativa al modo de ser del objeto considerado, es decir, en el caso de las consideraciones que hace la ciencia, sus entes poseen una estabilidad superior a la de la acción, objeto de la filosofía práctica, es decir, la acción humana no posee un carácter de necesidad, no es ella, algo que no pueda ser de otra manera que como es.

La distinción clásica y aristotélica entre saber teórico y saber práctico, por una parte, sitúa la racionalidad ética / práctica como una racionalidad propia de contexto político – social y cultural, otorgándole un estatuto epistémico característico (deliberativo) que, antes de Aristóteles no había sido establecido. Esta vieja distinción de saberes le permitió a Kant advertir dos ámbitos reconocibles en el hombre, uno, como ser inserto en el orden de la experiencia y regularidades naturales (fenoménicas), por lo tanto, concerniente a las causalidades físicas donde prevalecen principios de universalidad y necesidad; y por otra parte, como ser único irrepetible concerniente al orden de la libertad individual. En el primer caso, el conocimiento científico determina las relaciones causales de orden natural, y en el segundo caso, se muestra una instancia de *sindéresis* donde opera la libertad como auto constitución del hombre que debe decidir qué hacer de sí mismo.

El sujeto ético se sitúa ante su contexto, que es su comunidad lingüística y de valores, como individuo prudente capaz de discernir bajo las circunstancias que le son dadas los medios más adecuados para conseguir el fin o bien deseado. El carácter de verdad, en tanto que racionalidad ética, se da como un saber verosímil, en el sentido de que

² AUBENQUE, P.: “La actualidad de Aristóteles”, en: *Daimon, Revista Internacional de Filosofía*, nº22, 2001. Universidad de Murcia, pág.15 <https://revistas.um.es/daimon/article/view/11631>

se trata de una verdad razonable, no demostrable. En última instancia, el saber práctico no es apodíctico, irrefutable, sino más bien dialéctico, fundado en premisas probables, o en puntos de vista generalmente aceptados en el contexto de los valores de una forma de vida, en el ejemplo griego, las costumbres y creencias de la Polis.

El sujeto ético discurre en un entramado de relaciones pragmáticas cuya primacía de intereses deben ser consensuados. Este es el juego de la praxis que quizás ningún ser humano pueda eludir. Intentaremos llevar estas premisas epistémicas, al contexto del saber humanístico general como búsqueda de un camino hermenéutico propio.

Ninguna clase de hechos por objetivos en sí mismos pueden calificarse como éticos; es a partir de los hechos que lo ético se muestra como una expresión de valor concerniente al ser humano, que vital y moralmente se encuentra en ese espacio donde ocurren hechos. Hay pues una frontera entre los hechos y los valores; esa frontera o ese límite de demarcación y de distinción de dos lados es algo que exclusivamente ocurre en la experiencia del ser humano.

Wittgenstein afirma que:

“Toda mi tendencia y creo que la tendencia de todos los hombres que alguna vez intentaron escribir o hablar [sobre] ética o religión era ir contra los límites del lenguaje. Este ir en contra de los muros de nuestra jaula es perfecta, absolutamente inútil. La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo acerca del sentido último de la vida, del bien absoluto, de lo valioso absoluto, no puede ser ninguna ciencia. Lo que dice no añade nada a nuestro conocimiento en ningún sentido. Pero es un documento de una tendencia en la mente humana que yo personalmente no me puedo impedir respetar profundamente y ni por mi vida la ridiculizaría”³

Este lado humano que podemos llamar ético se corresponde con el límite de lo que no puede ser dicho con el lenguaje proposicional (entiéndase lenguaje proposicional el apofántico y asertórico); sino únicamente mostrarse a través de diversas vivencias parecidas a las de tipo estético o religioso, y aún pudiéramos aceptar como propio de este ámbito la expresión metafórica, poética y literaria. Todo lo relativo a expresiones y muestras sobre los valores de lo bueno y lo bello.

En este intento por elucidar un fundamento epistémico del lado humanístico del saber, cabe referir lo que Wittgenstein llamó, lo místico. El parágrafo 6.41 del *Tractatus* expresa el sentido de lo ético para el ser humano, y de tal manera interpretamos extensivamente lo dicho aquí al ámbito de las artes y humanidades en general:

³ WITTGENSTEIN, L.: *Una conferencia sobre la ética*, (trad., Alejandro Tomasini Bassols), Instituto de Investigaciones Filosóficas, Cuadernos de Crítica 51, UNAM, México, 2005, p. 20.

“El sentido del mundo tiene que residir fuera de él.
En el mundo todo es como es y todo sucede como sucede; *en* él no hay valor alguno, y si lo hubiera carecería de valor.
Si hay un valor que tenga valor ha de residir fuera de todo suceder y ser-así.
Porque todo suceder y ser-así son casuales.
Lo que los hace no-casuales no puede residir *en* el mundo; porque, de lo contrario, sería casual a su vez.
Ha de residir fuera del mundo.”⁴

En el párrafo citado, Wittgenstein expone que el valor que dota de sentido la existencia humana queda fuera de lo expresable proposicionalmente; y todo aquello que vivencialmente se constituya como manifestación de lo ético, se sitúa en el campo de lo místico, como una suerte de emoción que da sentido de totalidad, de perfección y de belleza al mundo. Lo místico reúne un comportamiento interior del sujeto que expresa un ir más allá de los límites del lenguaje proposicional y científico y por tanto del mundo que está determinado por los hechos y sus relaciones causales.

La manifestación de vivencias que llamamos lo ético nos hace ver como sujetos que no podemos eludir la emoción de trasponer un límite; esa tendencia a lo ético y por ende a lo estético y lo religioso que Wittgenstein respeta, procede de esa condición de seres fronterizos, y que inevitablemente mostrará sus manifestaciones en el espacio de la racionalidad práctica como base de una experiencia pragmática, deliberativa e intersubjetiva.

Es necesario y pertinente extender la aplicación de estas distinciones epistémicas al ámbito de las disciplinas humanísticas que desde el establecimiento del positivismo como doctrina rectora del conocimiento científico provocó una disminución sustancial del valor de las humanidades, sin que estas pudieran alcanzar la categoría y el prestigio del saber científico. Es entonces, desde la tradición hermenéutica que vendrá un proceso largo en la búsqueda de establecer un estatuto autónomo para situar el carácter, forma y validez de los saberes humanísticos. Por este camino de elucidación hermenéutica se cruzan aires de familia entre las filosofías de Wittgenstein y Gadamer.

El saber y la comprensión que proporciona la filosofía y las humanidades se manifiesta radicalmente distinto del conocimiento científico moderno de relaciones mecánicas y causales. Siendo que la comprensión del sentido de lo humano requiere permanente búsqueda e interpretación; nunca se muestra este comprender como algo cerrado y acabado.

⁴ WITTGENSTEIN, L.: *Tractatus logico-philosophicus*, §6.41. (Trad. cast.: Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera), Alianza Editorial, Madrid, 1995. Pág. 177.

La tradición hermenéutica caracteriza como expresividad lingüística la comprensión de la filosofía de las cosas humanas, de la realidad y el hacer humanos como comprensión de sentido y fin. Con este carácter la comprensión no se expresa como un hecho de mera observación pasiva, mecánico, sistemático y metódico. El sentido dado en la comprensión difiere de una verdad que se alcance de forma metodológica; la comprensión se relaciona más con un proceso dinámico (hermenéutico) que implica asombro y apertura a lo desconocido teniendo además que ubicarse necesariamente en la historicidad de la experiencia vital.

Esta tradición hermenéutica no abandona la noción fundamental de la verdad como correspondencia entre el lenguaje y los hechos; sino que la supedita a un abrirse primario al conjunto de presupuestos morales y culturales sobre los que se apoya la vida y la comunicación. Parte de situar la condición humana como sostenida por la propia cultura, perteneciente a su mundo histórico, siendo heredero del lenguaje que condiciona su acceso a sí mismo y al mundo. Se desprende de esto, que las humanidades son en general una búsqueda y una elucidación continua, esbozos continuos que enriquecen la construcción del comprender.

A diferencia de la actitud teórica, cuya finalidad es la visión contemplativa y constatativa de las regularidades naturales, en las que no interviene el hombre; la actitud que pudiéramos denominar: práctica, mística, expresiva y creativa, tiene como fin el obrar bien, o el vivir bien, como un hacer auto – comprensivo; dicho de otra manera, como una forma de mostrar el sentido que le da valor al mundo y por el cual merece ser vivido. En esto precisamente reside el valor absoluto de las actividades humanísticas, ya sea que provengan de la filosofía, del arte, o de la creación poética.